

APORTES DE LA LITERATURA A LA HISTORIA DE LAS IDEAS EN AMÉRICA LATINA

CONTRIBUTIONS OF LITERATURE TO THE HISTORY OF IDEAS IN LATIN AMERICA

Sindy Patricia Cardona Puello. Profesional en Lingüística y Literatura, Universidad de Cartagena. Candidata a Magíster en Estudios Latinoamericanos con Orientación en Cultura y Comunicación, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza (Argentina). Investigadora del Centro de Estudio e investigaciones Literarias del Caribe (CEILIKA), Universidad de Cartagena/ Universidad del Atlántico (2007-2015). E-mail: sindycardona84@gmail.com

Recibido: 3/05/2013 – Aceptado: 27/06/2013

Resumen: El presente artículo reflexiona acerca de la importancia que tiene el abordaje de la literatura dentro de la historia de las ideas en América Latina. Tomando como referencia la novela *Todas las sangres* del escritor peruano José María Arguedas, mostraremos que la literatura posee un valor documental invaluable, puesto que constituye una manifestación cultural particular que permite acceder a los imaginarios, ideologías o sistemas de pensamiento que caracterizan a una sociedad en un momento histórico determinado.

Palabras clave: cultura, discurso, historia de las ideas, literatura, política

Abstract: This article reflects upon the importance of the coverage of literature within the history of the ideas in Latin America. Taking the novel *Todas las sangres* (*Every Blood*) by the Peruvian author José María Arguedas as a reference, we will show that literature possesses an invaluable documentary value, because it constitutes a particular cultural manifestation, which allows us to access the ideologies or systems of thought which characterize a society in a given time.

Keywords: culture, discourse, history of ideas, literature, and politics

Introducción

José Carlos Mariátegui en su ensayo “Proceso de la literatura” expresa: “La literatura no es independiente de las demás categorías de la historia” (2007, p. 215); esta sentencia remite al carácter significativo que tiene la producción literaria como termómetro de cambios y procesos sociales. La producción literaria, además de poseer valor estético, responde, como cualquier otra manifestación cultural, a las tendencias o sistemas de pensamiento correspondientes a un clima social determinado. Toda obra permite el acercamiento al espíritu de su época, tanto en el terreno de la estética como en el universo de las ideas. La obra literaria atesora huellas de los imaginarios, de las luchas ideológicas y de los discursos que se manifiestan a través del tiempo, de modo que tanto la lectura espontánea como el estudio teórico de la misma, enriquecen nuestro conocimiento acerca de la historia y de las corrientes de pensamiento que han tenido lugar.

Los universos ficcionales que posibilita la literatura aluden a cuestiones colectivas (aunque la enunciación se torne subjetiva), por tanto, ofrecen señas particulares acerca de la realidad social. Si tenemos en cuenta las posibilidades que la literatura ofrece para describir una época, un espacio o un grupo social, no es incoherente pensar entonces que pueda poseer cierta validez documental en el campo de la investigación social, menos si nos ubicamos en América Latina, donde los escritores han ejercido su labor artística en consonancia con el rol de intelectual.

En este artículo, buscamos reflexionar, precisamente, acerca del valor y la pertinencia de la literatura como fuente de estudio a la hora de observar las distintas corrientes de pensamiento que han surgido en las sociedades latinoamericanas. Consideramos que la revisión de la producción literaria y de sus dinámicas de recepción puede ofrecer un aporte significativo dentro de los estudios de la historia de las ideas en América Latina; para ello tomaremos como referencia la obra del peruano José María Arguedas, inscrita en la llamada literatura indigenista.

La literatura durante la Independencia

Desde el momento mismo en que empezaron a gestarse en el siglo XIX las ideas independentistas en América Latina, la literatura estuvo presente como soporte esencial de dicho proceso. Grandes políticos y pensadores de la época ejercieron también como literatos, y a través de la narrativa o la poética, difundieron un claro ideario e insuflaron ánimo en el espíritu de sus lectores para que adhirieran al pensamiento emancipador. Durante el proceso de independencia la literatura

hispanoamericana adquirió un compromiso social y se convirtió en el medio de expresión portador de ideas libertarias y difusor de la identidad cultural.

Los ensayos, las proclamas, los discursos y la poesía de carácter patriótico, así como las odas heroicas o los himnos a la gesta independentista, jugaron a favor del interés de conformar una nueva sociedad y de consolidar proyectos de nación. El siguiente fragmento de un poema de Andrés Bello ilustra con precisión la conformación de un pensamiento (y sentimiento) latinoamericano a través de la literatura:

ALOCUCIÓN A LA POESÍA

Fragmento de un poema titulado “América”

Divina Poesía,
tú de la soledad habitadora,
a consultar tus cantos enseñada
con el silencio de la selva umbría,
tú a quien la verde gruta fue morada,
y el eco de los montes compañía;
tiempo es que dejes ya la culta Europa,
que tu nativa rustiquez desama, y dirijas el
vuelo adonde te abre el mundo de Colón su
grande escena. (*Obra literaria*, 1979, p.20)

Durante el siglo XIX también apareció el romanticismo en América Latina, un movimiento literario (y político) ligado a la formación del sentimiento de lo nacional: *Facundo*, de Domingo Faustino Sarmiento; *El matadero*, de Esteban de Echeverría; *El Periquillo Sarmiento*, de José Joaquín Fernández de Lizardi; e incluso, *María*, de Jorge Isaacs; retrataron, desde diferentes perspectivas, la conformación de la sociedad latinoamericana y sus conflictos. Dichas novelas se convirtieron, no sólo en “clásicos” de nuestra literatura, sino, sobre todo, en grandes referentes dentro del pensamiento de la época, en orientadoras de lo que “deberían” ser la nación y la sociedad.

El siglo XX: el acento crítico de la literatura contemporánea

Iniciado el siglo XX la producción literaria se diversificó en cuanto a estilos, tonos y temas, pero la nota social y política siguió atravesando el universo ficcional de manera notoria. A diferencia del siglo anterior donde la literatura parecía responder a los intereses de una élite política, en el siglo XX esta tomará distancia de los círculos de poder y estará preñada de discursos fuertemente críticos respecto de los imaginarios de nación impuestos por dicha élite.

El acento estará ahora en el cuestionamiento de las consecuencias sociales de los procesos llevados a cabo en el territorio americano durante la construcción del imaginario de nacionalidad. Y es aquí donde cabe mencionar la novelística del escritor peruano José María Arguedas, quien se ocupó de poblar sus obras con los elementos de la realidad peruana y de describir la situación del indígena dentro de dicha realidad. Su novela *Todas las sangres*, publicada en 1964, constituye un panorama de los conflictos sociales que tuvieron lugar en Perú a causa de la pervivencia de ciertos rasgos de tipo feudal y de una estratificación social bastante excluyente.

Esta obra permite al lector hacerse una idea de la situación social peruana y comprender claramente la visión de mundo de Arguedas. La narración gira en torno a los acontecimientos de la población de San Pedro de Lahuamarca, cuyo destino es dirigido por los hermanos Fermín y Bruno después del suicidio de su padre Don Andrés Aragón y Peralta. La Familia Aragón se apropió de vastas extensiones de tierras en la población y sus alrededores, por lo cual ejercía el control absoluto sobre el pueblo y sus habitantes.

Fermín y Bruno parecen ser la representación de dos visiones de mundo contrarias, las mismas que tuvieron lugar en la sociedad peruana y latinoamericana durante la primera mitad del siglo XX. Don Fermín es un hombre de negocios inescrupuloso que pretende adueñarse de los terrenos de su hermano y de los propietarios empobrecidos de la región, para crear un emporio minero; tal como lo muestra la siguiente cita, no duda en recurrir a cualquier método para lograr su cometido:

—Y vendrá el rocanrolerito pateado por Rendón —dijo sonriendo—. Se recibió de contador en Lima, parece que con buenas notas. Es la segunda oportunidad en que podremos demostrar que la mina es un centro de trabajo para toda clase de gente del distrito. Le pagaré bien a ese mequetrefe, como le pago bien a Rendón. La mina debe absorber a los arruinados del viejo pueblo de San Pedro. Se les pagará bien al principio. Cuando no dependan sino de la mina para vivir, congelaremos los salarios y contribuiremos a desvalorizar la moneda. Yo tendré ingresos en dólares. ¿Está claro? (*Todas las sangres*, 1970, p. 87).

Don Bruno, por su parte, es un hacendado conservador que tiene a cargo un gran número de indígenas para trabajar la tierra. Es un fanático defensor del catolicismo que procura evangelizar a todos sus

siervos y alejarlos del pecado, aun cuando él mismo ha violado a varias mujeres del pueblo y azotado a los trabajadores. Tal como ocurría en Perú (y en otras naciones latinoamericanas), en su hacienda todos se debían a su señor, el trabajo debía hacerse en completo silencio y se debía rezar constantemente. Bruno cede gran parte de “sus indios” a su hermano Don Fermín para trabajar en la mina de plata y así ganarle la competencia a la empresa extranjera Wisther-Bozart, la cual pretendía apropiarse también de todas las tierras cercanas.

Cada personaje de esta historia responde a un tipo social determinado: Fermín se asocia con el progreso moderno y capitalista; Bruno, con la tradición feudal paternalista y religiosa; Hernán Cabrejos, ingeniero encubierto de la empresa minera, representa los intereses imperialistas; y Demetrio Rendón Willka, educado en Lima, abandera las ideas del socialismo. Este último tiene un lugar especial dentro de la obra, puesto que la narración apunta a generar en el lector una identificación especial con él.

Rendón Willka fue objeto durante su etapa escolar de humillaciones a causa de su origen indígena; al regresar a la sierra, emprende la lucha en defensa de los trabajadores indios, y adhiere al socialismo aunque no maneje una teoría o un discurso elaborado sobre las mismas. Su máximo interés está en preservar la fraternidad y demás valores comunitarios.

En *Todas las sangres* se ven representados, entonces, algunos de los actores sociales del Perú de las primeras décadas del siglo XX: indígenas que trabajan en las haciendas sin derecho a negociar, sin remuneración; mestizos empobrecidos; mestizos arribistas y hacendados que insisten en preservar su casta señorial. Todos estos personajes tejen una trama donde se recrean los conflictos sociales y culturales, la lucha de clases y el despertar político de algunos sectores. Esta novela, al tiempo que representa una apuesta por la liberación de los indígenas frente a un sistema económico y social opresor, constituye un fuerte cuestionamiento a una élite política que construyó un ideal de nación discriminatorio y excluyente.

Todas las sangres y su incidencia en el contexto nacional

Durante la década del sesenta, se había instalado en Perú un álgido debate político, filosófico y social para determinar cuál sería el futuro de la nación; en medio de tal debate se discutió de manera especial el papel de la literatura y su función social. Al año siguiente de la publicación de *Todas las sangres*, el Instituto de Estudios

Peruanos organizó la Segunda Mesa Redonda sobre Literatura peruana y Sociología, cuyo tema central fue precisamente la pertinencia de esta novela dentro del proceso de construcción de un nuevo Perú. En ella participaron José M. Arguedas, Jorge Bravo Bresani, Alberto Escobar, Henri Favre, José Matos, José Miguel Oviedo, Aníbal Quijano y Sebastián Salazar Bondy.

Varios de los participantes consideraban que Todas las sangres tendría un impacto negativo en el imaginario social, puesto que presentaba una visión confusa sobre el Perú actual. Dichos críticos sostenían que la novela expone el mito indígena de manera idealizada, lo que es inútil para la construcción de una nueva nación; según ellos, la situación descrita en la novela ya no correspondía a una situación actual, sino del pasado (Arguedas, J.M.; Bravo Bresani, J., et al., 2000).

El crítico José Miguel Oviedo, por ejemplo, expresó que la novela era “extraña sociológicamente” porque al final Rendón Willka, el líder popular, decide quedarse con Don Bruno, el típico latifundista. De otro lado, Aníbal Quijano sostuvo, en medio de la discusión, que la novela no postulaba una solución del problema indígena campesino y que no había, además, un manejo coherente de los tiempos históricos, puesto que varias de las situaciones descritas allí, tales como la estructura de castas, ya no tenían lugar en la época.

Sebastián Salazar Bondy, por su parte, expresó que en la novela no hay un conjunto de principios ideológicos sobre Perú, sino una doble doctrina, producto de la dualidad ideológica del mismo Arguedas. Según él, Arguedas presenta al mundo indígena dotado de una concepción mágica de la naturaleza, pero no puede desprenderse por completo de su formación científica occidental, lo que constituye una especie de contradicción que impide que la novela sirva de documento. A esto, el mismo José María Arguedas respondió que:

No hay una contradicción entre una concepción mágica y una concepción racionalista; sino que cada personaje ve el mundo, de acuerdo con su formación humana. Cuando Rendón Willka o los personajes indígenas hablan del mundo, lo hablan tal como ellos ven el mundo. Eso no quiere decir que yo vea el mundo enteramente como ellos [...] Las contradicciones son las que naturalmente existen entre las diferentes gentes de nuestro país, los diferentes modos de ver el mundo. La gran ambición del libro fue, precisamente, mostrar esa multiplicidad de concepciones, según los grados de aproximación

de un mundo en furor. (2000, p. 26)

Como habíamos mencionado, durante la década del sesenta se buscaba, con urgencia, abandonar el imaginario colonial hispánico e incluir en la construcción de una nueva nación a los sectores indígenas que históricamente habían sido marginados. Este proyecto (iniciado décadas antes con los aportes de José Carlos Mariátegui) estuvo acompañado por una corriente literaria en particular: la literatura indigenista. José María Arguedas, como antropólogo, etnólogo y literato, no fue ajeno a este contexto, y a través de sus cuentos, novelas y poemas quechuas intentó hacer su aporte a ese nuevo nacionalismo, rescatando buena parte de la cosmovisión y las costumbres de los pueblos nativos. Su labor como investigador social y la crianza con los indígenas durante su infancia, le permitieron conocer de cerca su mundo y sus valores, y esto lo condujo, a su vez, a poblar sus obras con cánticos, creencias y formas de vida que consideraba dignas de ser rescatadas.

Al igual que en otras de sus obras, en esta novela Arguedas presenta una visión positiva de los valores indígenas, tales como la solidaridad comunitaria y la armonía con el entorno natural y la riqueza artística; sin embargo, no desconoció que los pueblos indígenas de su actualidad ya habían integrado valores y estilos de vida de la población colonizadora. El autor admitió en su momento que había que entender el mundo indígena en su actualidad, y que ya no se estaba ante unas comunidades en estado de pureza étnica o cultural, sino ante pueblos atravesados por múltiples costumbres, creencias y cambios, producto del contacto con otras culturas. Así, aunque en el ámbito personal Arguedas sentía una gran identificación con las culturas indígenas, en el ámbito literario se esforzó por describir un panorama completo de la sociedad peruana abordando los distintos pensamientos que pueden coexistir en sus gentes y las distintas comunidades que podían coexistir en un mismo territorio. Es comprensible, entonces, que el personaje de Rendón Willka comparta con los demás indios una visión “mágica” del mundo, y al mismo tiempo crea en una ideología de racionalidad occidental que busca la dignificación laboral del obrero. Además, dentro de la lógica de la narración, la opción más viable era que al final Willka respaldara a Don Bruno, puesto que este último, en su afán de redención, cedió partes de sus tierras y animales a los trabajadores para que pudieran negociar y obtener algunas ganancias. Don Bruno impuso su interés de beneficiar a los indígenas pasando por alto la animadversión de sus vecinos, quienes consideraban que de ese modo se les otorgaba a los indios un poder que iba en contra de la tradición y que, a largo plazo, generaría un levantamiento.

La intención de Arguedas en la novela *Todas las sangres* era, pues, incluir todos los tipos sociales posibles para tratar de reconstruir la complejidad del contexto social peruano, y si bien prima la visión positiva de los indígenas como comunidad, también enuncia las contradicciones y los prejuicios que ciertos nativos poseen. Cabe recordar, además, que, lejos de caer en una dicotomía entre mundo indígena nativo y mundo racional occidental, Arguedas dejó claro en su trabajo *El indigenismo en el Perú* (1978) que creía en la integración de los pueblos originarios y la sociedad de mentalidad occidental, siempre y cuando esta no implicara la “aculturación” de los nativos y permitiese la conservación de la cosmovisión esencial y de las formas comunitarias de trabajo y de vinculación social.

En cuanto al supuesto anacronismo de las situaciones descritas en su obra, Arguedas expuso que al recorrer el territorio peruano como etnólogo, fue testigo de las diferencias entre los pueblos, de la persistencia del sistema social e ideológico heredado de la colonia; pero también presencié los diálogos, transformaciones y resistencias socioculturales que de modos distintos llevaron a cabo las comunidades:

Ahora, cuando Sebastián dice que es una novela sociológicamente, no me acuerdo qué términos usaste tú. Que no es un testimonio. Bueno, ¡diablos! Si no es un testimonio, entonces yo he vivido por gusto, he vivido en vano, o no he vivido. ¡No! Yo he mostrado lo que he vivido, ahora puede que en el tiempo que esto que he vivido no es cierto, lo aceptaré, bueno, con gran alegría. Hay algunos elementos sí que no son exactamente sociológicos, que no son un testimonio exactamente etnográfico. Yo no estoy esperando que no lo digan, seguramente lo van a decir, y yo voy a confesar que hay algunas cosas que no son exactamente etnográficas y que pueden por eso conducir a ciertos errores, pero escribir una novela no [...] quien lee sabe que está leyendo una novela y no un tratado de sociología. (Arguedas, 2000, p. 36).

Es comprensible que se haya levantado tanta polémica alrededor de la novela, dado el clima de agitación ideológica del momento que exigía a la literatura un compromiso social explícito. Durante la década del sesenta, los críticos e intelectuales abrazaban con grandes esperanzas el socialismo; por tanto, asumían que la cuestión indígena era un asunto primordialmente económico, de repartición de tierras y ubicación laboral, de modo que referirse a las comunidades desde la

cosmogonía o legado inca, era considerado un anacronismo romántico. De igual modo, durante la época se tenía la convicción de que la labor artística y literaria era una herramienta anclada necesariamente al ejercicio político revolucionario.

Relaciones entre la literatura y la historiografía

El quehacer literario puede constituir un elemento de guía en la labor de historizar las corrientes de pensamiento que se han consolidado a lo largo del tiempo. El acercamiento a la narrativa, la lírica y la dramática puede ofrecer información muy rica de la situación sociocultural de la época narrada; también nos da luces acerca del punto de vista de su autor, de su trabajo intelectual y sobre la corriente de ideas de la que hace parte o de la que intenta distanciarse.

En ese sentido, en la novela *Todas las sangres*, José María Arguedas se permite poner en escena varios de los componentes que hacen parte de la heterogeneidad social en Perú, y ello acerca al lector a una realidad social determinada. Al leerla, el lector infiere que el sistema de servidumbre en las haciendas y el latifundismo prevalecieron mucho tiempo después del fin del virreinato; puede entender también el avance del capitalismo transnacional y su alianza con las oligarquías nacionales; puede comprender cómo se configuró una visión negativa de los indígenas, y finalmente, puede ver las nuevas formas de resistencia que surgieron para hacerle frente al sistema económico y social colonialista. Adicionalmente, se puede entrever, por ciertas marcas en el discurso, por la temática elegida, por la fuerza y configuración de algunos personajes, cuál es el lugar de enunciación del autor y cuáles fueron las tensiones sociales que se dieron en su contexto.

Ahora bien, cabe recordar que toda obra literaria aborda una determinada realidad desde la simbología y el juego ficcional. No podemos considerarla como un espejo que devuelve el reflejo exacto de lo que sucede en la sociedad (pretensión que, de hecho, ha sido bastante cuestionada dentro de los estudios literarios). Es decir, la literatura puede tener cierto valor documental para el historiador en tanto que las obras se nutren, indagan y cuestionan múltiples aspectos de la realidad, pero no se debe perder de vista nunca la cuestión de la libertad creativa. En este sentido, la obra de Arguedas intenta fijar el imaginario de cada personaje de acuerdo a su cultura y forma de pensamiento, pero no podemos adoptar frente a ella una actitud reduccionista y juzgarla únicamente desde el punto de vista sociológico. No es conveniente pretender que esta ofrezca una fórmula ideológica concreta de aplicabilidad real, soslayando su valor estético.

Es pertinente aclarar también, que cuando planteamos el valor de la literatura en el campo de la investigación histórica, no estamos queriendo decir que esta puede llegar a reemplazar los documentos y datos verificables, sino que se trata de un tipo especial de discurso a través del cual el historiador puede penetrar en la realidad social desde otros ángulos. Sin dejar de ser fundamentalmente ficcionales, las narraciones están ligadas al espíritu intelectual del momento en que son producidas y se convierten en un vehículo eficaz de crítica, difusión o confrontación de ideas.

Finalmente, si atendemos a la renovación teórico-metodológica propuesta por una comisión de intelectuales latinoamericanos en 1974 para la metodología de historia de las ideas, podremos, con mayor razón, incluir la literatura dentro de la variedad de fuentes documentales a las que el historiador puede apelar. Recurrir a las obras literarias no va en detrimento de la rigurosidad científica ni de la veracidad de las informaciones requeridas en el ejercicio historiográfico; por el contrario, puede enriquecer la mirada con aquellos detalles que quedan por fuera de las explicaciones académicas y que la literatura se permite mostrar.

Si lo que se quiere es “encarar la historia de las ideas no a partir de campos epistemológicos, sino a partir de problemas concretos latinoamericanos y las respuestas dadas a cada uno de ellos desde aquellos campos” (Arpini, 2003, p.74), hay que reconocer que la literatura ha sido uno de esos ámbitos desde los cuales se ha intentado comprender y dar respuesta a los distintos conflictos acaecidos en nuestro continente.

El modernismo, la literatura del Boom o el realismo crítico, son algunas de las tendencias literarias propias de Latinoamérica que dicen mucho de las necesidades sociales y del clima político de cada momento. La estructura interna de las obras, el discurso propio de cada escritor y las tensiones que surgieron entre los mismos narradores dan cuenta precisamente de esas refracciones, reflejos y distorsiones de la vida social, que según Arpini (2003), debe ser el interés del historiador de las ideas en América Latina. Ni qué decir de la actual corriente de la “nueva novela histórica”, la cual es su afán de hacer un relectura crítica de la historia latinoamericana, utiliza los recursos de otras disciplinas para reconstruir los hechos que han sido importantes en nuestro devenir. En suma, la relación que se entabla entre literatura y realidad es demasiado rica, y en lugar de poner en riesgo el trabajo científico con sus “imprecisiones y libertades”, puede enriquecer el análisis; lo que permite, a su vez, que la historia de las ideas, como disciplina, pueda abordar su objeto de estudio desde múltiples perspectivas.

Referencias

- Aínsa, F. (1996). Nueva novela histórica y relativización del saber histórico. *Casa de las Américas*, (202), 9-18.
- Arguedas, J. M. (1958). *Los ríos profundos*. Buenos Aires: Losada.
- Arguedas, J. M. (1970). *Todas las sangres*. Buenos Aires: Losada.
- Arguedas, J. M. (1978). Indigenismo en el Perú. *Cuadernos de Cultura Latinoamericana*. México: Coordinación de Humanidades, Centro de Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Letras, Unión de Universidades de América Latina, Centro de Estudios sobre la Universidad, Universidad Nacional Autónoma de México. 1978-1979.
- Arguedas, J. M. (1987). *Formación de una cultura nacional indoamericana*. México: Siglo Veintiuno.
- Arguedas, J.M.; Bravo Bresani, J., et al. (2000) *¿He vivido en vano? Mesa redonda sobre Todas las sangres. 23 de Junio de 1965*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Arpini, A. (2004). El historicismo, una alternativa metodológica para la historia de las ideas latinoamericanas. En A. Arpini (comp.), *Otros discursos. Estudios de Historia las Ideas Latinoamericanas* (pp. 17-43). Mendoza: Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional de Cuyo.
- Arpini, A. (2004). Aportes metodológicos para una Historia de las Ideas Latinoamericanas. Teoría del texto y semiótica. En A. Arpini, (comp.), *Otros discursos. Estudios de Historia las Ideas Latinoamericanas* (pp.71-100). Mendoza: Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional de Cuyo.
- Bello, A. (1979). *Obra literaria*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Mariátegui, J. C. (2007). *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (pp. 191- 315). Caracas: Biblioteca Ayacucho.